

La comunidad cristiana como origen y referencia de la educación de la fe en la escuela cristiana

J. PABLO MARTÍN DUEÑAS

Para hablar de cómo la Comunidad Cristiana es origen y referencia de la educación de la fe dentro de la escuela podemos recurrir a los principios y decir con toda la fuerza de la *Evangelii Nuntiandi* que «toda la evangelización es una acción eclesial» (E.N. 60).

O de otra manera, cualquier actividad evangelizadora, y en este caso concreto la educación de la fe en la escuela, se realiza en nombre de la Iglesia, mediante el testimonio comunitario y con una invitación explícita a asumir la comunión eclesial.

Nosotros queremos ser más concretos y decir,

- qué elementos de la evangelización se deben potenciar en la educación de la fe dentro de la escuela,
- cómo debe estar presente en ella la Iglesia, y su concreción en la Comunidad cristiana, para poder realizar la educación de la fe desde los elementos de evangelización que hoy se exigen.

Sabemos que la meta de la educación de la fe dentro de la escuela es «formar al cristiano en las virtudes que le configuran con Cristo y le permiten colaborar en la edificación del Reino de Dios» (Escuela Católica, 36). Y que esta meta llega a la escuela a través de la síntesis fe-cultura-vida.

Pero la comprensión de la fe, la cultura y la vida es diferente a la de

otras épocas. Esta es la razón última por la que se nos exige educar en la fe desde unos elementos determinados de la evangelización y con una presencia peculiar de la Iglesia en la escuela actual.

1. Educar la fe en la escuela cristiana actual.

Cada momento histórico genera su propia escuela. Esta es uno de los mejores espejos en los cuales se refleja la sociedad.

Manifestaciones de que nuestra escuela hoy es diferente las encontramos en hechos como el sentido de participación, de comunidad educativa, de apertura al entorno social y natural; nuevos contenidos, educación cívica, sexual,...; nuevos instrumentos como el video, los ordenadores,... Todos estos elementos no les ha generado la escuela sino que los ha recibido de la sociedad.

Los que estamos en la escuela para educar desde una inspiración cristiana tendremos que detectar todos aquellos factores de la sociedad, y el reflejo de los mismos en el ámbito escolar, que más afectan al proyecto educativo cristiano.

Y hay dos rasgos sociales que condicionan clarísimamente la evangelización en la escuela.

El primero es que estamos viviendo en una sociedad neopagana.

En el Congreso de Evangelización de 1985 en Madrid se constataban como rasgos de la sociedad española el secularismo, la insolidaridad y el antihumanismo. El primero como fruto de un tecnicismo exacerbado, el segundo como conclusión normal de un capitalismo legitimado, y el tercero como resumen de esta cultura de muerte que propicia el aborto y el armamentismo, y como consecuencia de haber reducido al hombre a su modesta talla zoológica.

Si a esto añadimos los siguientes datos del «colectivo creyente»: templos a media entrada, creencias confeccionadas a medias, y una moral que va por libre, tendremos que preguntarnos: ¿«España ha sido alguna vez evangelizada»? (Para la justificación de esta pregunta y para un análisis claro y conciso de la realidad religiosa española se sugiere ver la 1ª Ponencia del Congreso de Evangelización. Varios, Ed. Edice 1986).

El segundo dato es el desarrollo de «la inquietud por lo comunitario». Comunidad Económica Europea, Comunidad de Vecinos, Comunidad Autónoma, Comunidad Educativa... En la mayoría de los casos no deja

de ser una inquietud, y lo cierto es que en estos mismos ámbitos tampoco se desarrolla de verdad la solidaridad. Si no, ¿cómo explicar la desigualdad económica entre regiones? ¿o entre grupos étnicos? (Ver informe de Cáritas sobre «La pobreza y desigualdad en España», de 1984).

Los mismos jóvenes, muy finos para intuir la realidad, prefieren hablar de «estar juntos» a hablar de comunidad.

Sin embargo, sí podemos decir que la inquietud por lo comunitario, como forma de salvar la insolidaridad, es patente en nuestra sociedad.

Y todo esto ha entrado en nuestra escuela cristiana. En primer lugar porque el carácter propio suele quedar en papel mojado y no asusta a nadie a la hora de definirse para elegir un centro. Y, sobre todo, porque la escuela cristiana ha hecho voto de ser acogedora. (Conferencia Episcopal Francesa. Lourdes, 13 de Noviembre de 1969).

Desde estos datos la pregunta es: ¿Cómo educar en la fe a quienes viven con valores opuestos al Evangelio o con una débil vivencia religiosa y tienen una inquietud comunitaria?

La respuesta que hay que dar, porque se puede demostrar que todavía no se ha dado, deberá afectar a los procesos, a las formas y a los ámbitos educativos.

Hoy hay que apostar:

1. Por un proceso educativo en la fe que destaque, la acción misionera, la catequesis de inspiración catecumenal.
2. Con una forma claramente testimonial.
3. En un ámbito decididamente comunitario.

1. *Un proceso que destaca lo misionero*: que propone la conversión inicial, la adhesión global a Jesucristo y el deseo de pertenecer a la Comunidad Cristiana.

El proceso ha de destacar lo misionero, en primer lugar porque la escuela pertenece al mundo, al «común patrimonio de la humanidad» (G.E.M. 4). Por tanto, aquí como en cualquier otro ámbito de la humanidad la Iglesia debe estar como misionera.

De hecho esta comprensión aparece en los documentos más fundamentales de la Iglesia: «la presencia de la Iglesia en el campo escolar se manifiesta especialmente por la escuela católica... Esta tiene una importancia transcendental para promover el diálogo entre la Iglesia y la sociedad humana» (G.E.M. 18).

En la escuela cristiana se anuncia a Jesucristo «iluminando el saber humano desde la fe», «orientando a la búsqueda de la verdad total», «orientando los valores del patrimonio cultural de la humanidad... a las realidades eternas» (la Escuela católica, 41-42). Si comparamos todas estas tareas de la escuela cristiana con los elementos de los que nos habla la *Evangelii Nuntiandi* referidos a la evangelización como misión (E.N. 20) veremos que coinciden.

En segundo lugar porque ya sabemos las carencias religiosas que padecen los que acuden a la escuela cristiana.

La misma iglesia española nos anima a dar este talante misionero a toda la acción evangelizadora: «Toda una gran muchedumbre, hoy día muy numerosa, de bautizados, en gran medida no han renegado de su bautismo, pero están totalmente al margen del mismo y no lo viven» (E.N. 56). «¿No están necesitando la mayoría de nuestros cristianos, el anuncio misionero del evangelio, antes que una catequesis propiamente dicha?» (La Catequesis de la Comunidad, 48).

Por las tierras de la escuela cristiana pasa hoy la frontera entre la fe y la no fe, entre la cultura y el Evangelio, entre el mundo la Iglesia.

Por eso alguien ha definido la escuela cristiana como «una pedagogía del umbral»; no en primer lugar como un sitio en el que se enseña la fe, sino, sobre todo, como «un sitio en que se permite a personas humanas, padres, hijos, profesores y educadores, ponerse en camino.» (F. Coudreau: «Un proyecto educativo específico de la enseñanza católica». Boletín FERÉ, n° 259).

Dar relevancia a los elementos misioneros de la evangelización en la educación de la fe puede significar lo siguiente:

- Explicitar un proyecto educativo que contraste claramente con los rasgos de nuestra sociedad opuestos al Evangelio. Este contraste ha de suscitar en los miembros de la Comunidad Educativa la búsqueda de soluciones humanizadoras a los problemas de nuestra sociedad y a las preguntas de sentido que surjan de este contraste.
- Presentar los rasgos de una «*humanidad renovada*» desde la vivencia de valores evangélicos y de modo fundamentalmente testimonial, de forma que se pueda captar la dimensión gozosa y vitalizadora que genera la vivencia de estos valores.
- Hacer un anuncio explícito de Cristo Jesús como buena noticia que posibilite una adhesión personal y global.
- Denunciar la «domesticación» del Evangelio, a situaciones contrarias a los valores del Reino.

- Liberar al lenguaje religioso del reduccionismo al que se le ha sometido de ser mero transmisor de conocimientos y devolverle su carácter profético y de introducción a la experiencia religiosa.
- Situar en dinamismo de conversión, como apertura a los signos de la presencia de Dios en la propia persona y en el mundo.
- Ofrecer ámbitos comunitarios de acogida donde se puedan experimentar los valores anunciados y se pueda optar por una fe comunitaria.

(Ver nuestro artículo en, *La escuela, ¿lugar de evangelización?* Ed. SPX 1986, pp. 87-88)

El que en la escuela se destaque la catequesis de inspiración catecumenal lo especificaremos después de hablar de la forma testimonial y del ámbito comunitario.

2. *Con una clara forma testimonial.* La dinámica de la evangelización así lo exige y más hoy, «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio» (Pablo VI. AAS 66 (1974), p. 568)

Y esto reviste mayor importancia en la etapa de la infancia y de la juventud donde se capta antes la vida en sí, que las opciones desde las que se puede vivir.

Educar la fe en clave testimonial hace relación:

- Al encuentro personal. Con todas las implicaciones de acogida y apertura por parte del testigo hacia el que es acompañado en la fe.
- Al conocimiento de personas y comunidades que encarnan el Evangelio; y de situaciones donde se reclama el encarnarlo.
- Al descubrimiento de la faceta carismática y ministerial de las estructuras eclesiales, salvando así su mera comprensión funcional o de poder.
- A asumir los valores del Reino de Dios desde la participación en experiencias fuertes acompañando a los testigos de la fe.
- A introducirse en la revisión continua, personal y en grupo, como forma de contrastar la propia vida con lo que es el Evangelio vivido y encarnado hoy en testigos de la fe.

En definitiva, al proceso de personalización de la fe con la misma exigencia que se descubre en los testigos y en las situaciones que ellos viven.

3. *En un ámbito decididamente comunitario...*

Es la expresión máxima del testimonio: «Para que sean uno y el mundo conozca que tú me has enviado» (Jn 17, 23).

Lo exige, no sólo la evangelización, sino la misma escuela. En ella se hace algo más importante que trabajar, en ella se vive, se revalorizan las personas. La escuela exige la comunitariedad, la cercanía de las personas en apertura mutua, como método y como ámbito.

Pero de este tema hablaremos en apartados siguientes.

4. *Posibilitando una catequesis de inspiración catecumenal*

(El sentido que damos «catequesis de inspiración catecumenal» es el que aparece en el documento de «Catequesis de la Comunidad»)

La catequesis de inspiración catecumenal hace referencia a:

- un punto de partida: la adhesión global a Jesucristo.
- un camino: la iniciación integral a la vida cristiana,
- una meta: participar en la vida de la comunidad.

La escuela cristiana posibilita a los jóvenes, que acuden a ella, situarse en el punto de partida mediante su «pedagogía del umbral», del desarrollo de la dimensión misionera de su educación en la fe.

Para muchos de ellos, la escuela cristiana se presenta como la primera, indispensable y única ayuda, real y cercana, que les permite nacer al deseo de la conversión, de la adhesión global a Jesús y de la pertenencia a la comunidad cristiana.

Esto se hace cuando la cultura se convierte en pregunta abierta por la fe, cuando se educa en las virtudes de la vida cristiana, y todo ello desde el compromiso cristiano de los educadores.

Muchos son los jóvenes que piden a los testigos de la fe en la escuela que les acompañen en el camino del catecumenado, de la iniciación integral a la vida cristiana.

Estos jóvenes intuyen en la escuela, por ser el ámbito donde viven y por el testimonio de sus educadores, un lugar propicio para andar el camino que un día descubrieron.

No se puede, por tanto, eludir esta petición, tanto más que significa

el desarrollo en plenitud del fin de la escuela cristiana que consiste en «hacer crecer en las virtudes que configuran con Cristo» (E.C. 36), y «en ayudar a vivir su fe de manera más madura cada día y adquirir gradualmente una actitud pronta para asumir las responsabilidades del Bautismo» (E.C. 47). Esta última es la expresión que utiliza el citado documento para hablar de la síntesis fe-vida que debe posibilitar la escuela cristiana.

Vemos pues, que la escuela cristiana, está llamada a realizar una tarea de educación en la fe que comienza en el anuncio misionero fundamentado en el testimonio de los educadores, el ámbito comunitario, el diálogo fe-cultura, y llega hasta una catequesis de inspiración catecumenal como continuación del estado anterior y meta de la síntesis fe-vida que en la escuela se quiere lograr.

Esta es la misión de la Iglesia en la escuela cristiana. Pero, ¿cómo debe estar presente la Iglesia en la escuela para llevarla a cabo?

2. La Comunidad Cristiana como origen de la educación de la fe en la escuela.

Hemos especificado los elementos a destacar en la educación de la fe en la escuela cristiana actual.

Nos queda ahora llevar a cabo el segundo cometido que anunciábamos al principio.

¿De qué forma tiene que estar presente la Iglesia para realizar esta misión? ¿Qué responsabilidades debe asumir?

Ya recordábamos que todo anuncio del Evangelio es un acto eclesial, aún a «pesar de que el evangelizador se encuentre solo» (E.N. 60).

Se evangeliza con la fe de la Iglesia. Es ésta «quien presta el objeto de la catequesis y de la evangelización: el misterio de Cristo tal como es creído y profesado por el pueblo de Dios» (La Comunidad Cristiana, 60).

El evangelizador es enviado por la Iglesia que recibió el mandato de «ir y enseñar a todas las gentes.» (Mt. 28, 19).

Esto mismo vale para la tarea de educar en la fe dentro de la escuela. Es la Iglesia la que quiere estar presente en la escuela enviando educadores a ella. La escuela se convierte así en «lugar de encuentro para quienes testimonian los valores cristianos de toda la educación» (E.C. 53). De esta manera el educador es «enviado» por la Iglesia, en ella está el origen de la escuela cristiana.

Y es enviado para hacer Iglesia: «*la comunidad educativa debe aspirar a constituirse en la escuela católica en comunidad cristiana, es decir, en verdadera comunidad de fe*» (El laico católico, testigo de la fe en la escuela, 41).

El acto evangelizador requiere, pues, un compromiso de comunión.

El documento romano sobre la escuela católica sintetiza todo esto en una manera muy clara.

- Por todos estos motivos, las escuelas católicas deben convertirse en «lugares de encuentro de aquellos que quieren testimoniar los valores cristianos en toda la educación». Como toda otra escuela, y más que ninguna otra, la escuela católica debe constituirse en comunidad que tienda a la transmisión de valores de vida. Porque su proyecto, como se ha visto, tiende a la adhesión a Cristo, medida de todos los valores, en la fe. Pero la fe se asimila, sobre todo, a través del contacto con personas que viven cotidianamente la realidad: *la fe cristiana nace y crece en el seno de una comunidad.*
- La dimensión comunitaria de la escuela católica viene, pues, exigida no sólo por la naturaleza del hombre y la del proceso educativo, como ocurre en las demás escuelas, sino por la naturaleza misma de la fe.

Pero ¿cómo llegar a explicitar en la escuela esta dimensión comunitaria? ¿Cómo facilitar a todos sus miembros la experiencia comunitaria de la que brota la fe?

Si hemos exigido el testimonio como condición indispensable para educar hoy en la fe, ¿podemos hablar de la dimensión comunitaria de la fe sin mostrar un testimonio vivo, cercano, real, experienciable?

Sinceramente, no es posible. Nos hace falta una presencia cerca de la Iglesia en forma de comunidad, de «pequeña comunidad cristiana».

Su definición, tal como aparece en el documento de «La catequesis de la comunidad» (nº 277), nos permite responder a todas las exigencias que descubrimos en la educación de la fe. (El subrayado es propio. Es fácil ver la conexión de todos los elementos subrayados con lo mencionado en I, 1, 2, 3, 4).

«Muy diversas son las formas de realización de éstas, pero a todas les une el deseo de concretar a la comunidad creyente en grupos poco numerosos de personas, en que todos *son conocidos*, juntos tratan de vivir, en una dimensión más humana, la *escucha* actual de la Palabra,

la *búsqueda* de su sentido en las propias realidades humanas y ambientales, la *celebración* desde la propia vida de los misterios cristianos, el *compromiso* con las situaciones vitales en las que sus miembros se encuentran insertos y el *anuncio*, las más de las veces, *testimonial*, de la *fe común*. Estas comunidades llevan en su propia dinámica elementos que las distinguen unas de otras y las defienden peculiarmente».

Estamos requiriendo la presencia de una «pequeña comunidad cristiana»:

- Que haga más cercana la experiencia de compartir, de servir, la experiencia de la comunión.
- Que busque el sentido de la Palabra de Dios como guía del crecimiento en la fe de todos aquellos a los que se les acompaña.
- Que se comprometa en el proyecto común de la educación de la fe, de hacer crecer el Reino y la Iglesia.
- Y que este proyecto lo viva como testimonio de una fe común.

Esta pequeña comunidad cristiana estará constituida, alentada y enviada desde el Obispo para desarrollar la labor misionera de la Iglesia local en el ámbito de la sociedad que representa la escuela.

Una comunidad que mantiene vínculos visibles con la diócesis a través de los cauces que esta crea conveniente: parroquia, arciprestazgo, movimientos educativos cristianos,...

Esta pequeña comunidad cristiana estará formada por todos aquellos miembros de la comunidad educativa que deseen vivir su fe desde el compromiso comunitario. Como a toda comunidad cristiana, no se accederá a ésta por vínculos sociológicos, sino después de haber recorrido el proceso catecumenal. Su núcleo central estará constituido por el grupo de adultos que ya han recorrido este proceso de iniciación integral a la vida cristiana. Y en torno a este núcleo se aglutinará el resto de los grupos que todavía están recorriendo el camino hacia la comunidad.

La forma estructural como estos grupos se ensamblen puede ser variada. O bien por grupos homogéneos (padres, profesores, alumnos, antiguos alumnos,...) o bien por proyectos de acción que elabora la comunidad (animadores de grupos catecumenales, promotores del plan de educación para la justicia, animadores de las liturgias...).

Una comunidad que tiene la tarea de «originar» la fe en el centro educativo. Entendiendo por el término origen, no algo que está en el inicio de forma estática, sino como principio dinamizador, como fermento.

Y, ¿cómo realizar esta tarea de ser fermento dentro de la escuela? Aportamos los siguientes caminos.

1. *Discernir todos los elementos y criterios que fundamentan la tarea de educación de la fe en la escuela.*

La comunidad cristiana en la escuela no es «funcionaria», «técnica» que cumple con los «manuales de pastoral». La comunidad desborda de sí la vida que quiere transmitir. Ella es en primer lugar un hogar, un ámbito de crecimiento en la fe. Desde aquí abre su vida a los que la quieran acoger.

Ella elabora con criterios evangélicos el proyecto educativo y supera la mera eficacia instructiva y las frías técnicas de gestión. Lo estructura desde preguntas claves:

- a) ¿A qué retos de la sociedad tiene que hacer frente la escuela cristiana?
- b) ¿A qué llamadas de la Iglesia tiene que responder más urgentemente?
- c) ¿Cómo desarrollar más visiblemente la dimensión misionera y testimonial de toda la educación de la fe?

Dependiendo de cómo se respondan a todas estas preguntas es posible que una escuela pondere más ciertas profesiones actualmente menos valoradas como son las de trabajo social, enfermero, maestro,...; que en ella, además de programar visitas a grandes fábricas, se invite a un conocimiento de la realidad social de la ciudad y en especial de las zonas más deprimidas; que se potencie el trabajo por crear una vivencia comunitaria y por invitar a la participación activa en la comunidad cristiana...

Como decimos, todos estos temas no son problemas de gestión sino de ministerio. Por eso podemos hablar del discernimiento.

2. *Formular cristianamente todos los planteamientos educativos del centro*

La visión cristiana del hombre, la libertad, la justicia, la solidaridad,... es mucho más profunda que la que tienen sobre estos temas, la sociedad y sus dirigentes.

Muchas escuelas cristianas están esterilizando sus esfuerzos porque

no llegan a descubrir la raíz cristiana de los valores que presentan. Sus palabras sobre ellos no van más allá de las que se pueden escuchar en T.V., en los periódicos o en los mítines electorales.

¿Cómo se va a superar este inconveniente?

De ninguna manera si no es desde una comunidad que previamente ha reflexionado y orado sobre todos estos valores, tal como los que la componen los captan en su propia vida, y después todo esto lo formula con un lenguaje cargado de vida y de gestos.

Y ya no se trata solamente de dar verismo a lo que se transmite confirmando desde la propia vida de la comunidad. Hay otra realidad. Cuando se da una experiencia enriquecedora en la pequeña comunidad se está más dispuesto a bucear en la vida de la gran comunidad eclesial, y a leer los documentos que orientan a la Iglesia universal, y a reconocer la riqueza de otras iglesias particulares perseguidas o en dificultad.

Es decir, desde la comunidad se densifica la experiencia de la fe por que se hace más universal, más plural, más complementaria en los carismas... más capaz de hablar con palabras actuales.

3. *Generar comunitariedad.*

San Juan de la Cruz escribió: «Donde no hay amor, pon amor y hallarás amor».

Nosotros podemos decir: «Donde no hay espíritu comunitario, establece una comunidad testimonial y generarás comunidad».

La comunidad cristiana del centro debe trasladar, a todos los ámbitos escolares en los que se compromete, su talante comunitario. Las actividades en las que se impliquen sus miembros tienen que cobrar estas dimensiones específicas de acogida, confianza...

La comunitariedad tanto en su nivel humano como cristiano es uno de esos valores que se transfieren de forma no específica, que sólo se pueden comunicar si hay personas que los vivan.

Y la comunitariedad que origine la comunidad cristiana tiene que ser concebida como alternativa al «estar juntos» que formulan los jóvenes como forma de divertirse, de salir adelante, o de no dejarse pisar por la sociedad.

Esto requiere presentar proyectos de solidaridad que rompan los círculos cerrados, proyectos que abran a la dimensión de universalidad a los más pobres. Y estos proyectos son creíbles si los presentan comunidades que los llevan adelante desde la fuerza de su unidad.

Cuando una comunidad invita a los educandos a participar en acciones sociales o evangelizadoras, ofreciéndoles su compañía para iniciarse en esta tarea, está educando para vivir la universalidad del amor cristiano.

4. *Desarrolla un proceso explícito de educación de la fe*

La escuela cristiana educa en la fe a través de toda la vida: ambiente, estructuras, relaciones...

Y hay un terreno que es el explícitamente pastoral en el que se integran las clases de religión, oraciones de la mañana, campañas, celebraciones, procesos de catequesis de inspiración catecumenal, donde se requiere que la comunidad ponga sus mejores fuerzas.

Es ella la que debe animar la implicación de todos los educadores en esta tarea pastoral.

- Visibilizar los diferentes estados de vida de tal manera que sea interpelante para la pregunta vocacional cristiana.
- Convocar las celebraciones cristianas y manifestar su espíritu comunitario.
- Ofrecerse a apadrinar todo el proceso catecumenal hacia la comunidad cristiana.
- Fortalecer la referencia a la Iglesia local explicitando los cauces concretos que manifiestan su vinculación a ella.

3. La comunidad cristiana como referencia de la educación de la fe dentro de la escuela cristiana

Cuando decimos que la comunidad cristiana es referencia de la educación de la fe que se realiza en la escuela estamos diciendo que ella ofrece la dirección y la meta de dicha tarea educativa.

Desde una visión específica de la evangelización, y en concreto de la catequesis, la escuela cristiana tiene que educar para la comunidad cristiana. Así nos lo recuerdan los números 287 y 288 de *la Catequesis de la Comunidad*: «Al final de un proceso catequístico los cristianos han de desembocar ordinariamente en una comunidad cristiana inmediata e integrarse plenamente en ella... El papel de la catequesis en este sentido es iniciar en lo comunitario, encaminar hacia la comunidad e insertar en ella a quien pasan por un proceso».

Este es el fin de toda la educación en la escuela. A menudo olvidado o no reconocido. Así, si preguntamos a muchos educadores cristianos sobre la finalidad de su tarea educativa, nos dirán que es la de formar cristianos íntegros, comprometidos, sin saber especificar este tipo de compromiso, y a veces, la meta de la educación es que sean cristianos que cumplen con sus obligaciones, entendiéndose por estas la de ir a misa y la de ser sumisos a un orden establecido.

No siempre, como digo, se ha concebido lo comunitario como fin para la educación de la fe. Unas veces porque no se llega a entender; otras porque cuesta. El que se plantee a la comunidad cristiana como fin de la tarea educativa de la fe dentro de la escuela, implica para ella que eduque desde esta perspectiva y ofrezca la experiencia de la comunidad.

«La comunidad educativa de la escuela es así, a su vez, escuela de pertenencia a comunidades sociales más amplias. Y cuando esa comunidad llega a ser cristiana, como está llamada a ser en último término la comunidad de la escuela católica, dicha comunidad es el espacio donde el educador tiene la gran oportunidad de enseñar a vivir experiencialmente al educando lo que significa ser miembro de la gran comunidad que es la Iglesia» (*El laico católico, testigo de la fe en la escuela*, 22).

La escuela cristiana se convierte así en sembradora de semillas comunitarias entre sus miembros. Lo cual supone captar toda la dimensión histórica de la fe y pasar de anunciar la ley del amor como precepto que se cumple abstractamente, a hablar del mismo como realidad gozosa que se vive experiencialmente dentro de la pequeña comunidad cristiana.

Plantear la comunidad cristiana como meta para la educación de la fe que se lleva dentro de la escuela implica:

- Educar en el sentido comunitario a través de todas las actividades de la escuela.
- Hacer una catequesis explícita sobre el carácter comunitario de la fe.
- Ofrecer un proceso catecumenal hacia la comunidad cristiana en el cual sea referente, animadora y guía. De esta manera deberá empeñarse en las siguientes tareas.
 - Animar los grupos que están recorriendo el proceso catequístico de inspiración catecumenal.
 - Ser testigo del itinerario que se recorre en estos grupos. Ellos acogerán los diferentes compromisos de los que se inician en el proceso y entregarán la Palabra, la Cruz y el Padre Nuestro, tal como se hace en el catecumenado.

- Ser estímulo para el compromiso. Harán partícipes a los demás miembros de la comunidad educativa, y en especial a los que quieren recorrer el camino del catecumenado, de los compromisos que se llevan a cabo desde la comunidad.
- Convocar todas las celebraciones litúrgicas en el centro.
- Aportarán también su búsqueda constante de eclesialidad y de nuevos estilos comunitarios.

En definitiva, su compromiso es que otros puedan experimentar con ella lo que significa vivir la fe en comunidad cristiana. Pensamos que este es su principal servicio al mundo plural que hoy acoge la escuela cristiana: que personas que son cercanas a él en el mismo empeño humano viven la fe y la comunican desde la amistad, el estar juntos y el preocuparse los unos de los otros.

Todo esto implica una calidad de vida comunitaria no siempre conseguida, pero por ello mismo refiere de manera directa a la meta, a la utopía cristiana, todavía no conseguida y que no se deja abarcar ni por la misma comunidad cristiana.